

PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10^a edición francesa.

CONTINUACION.—Empieza en la pág. 396

CAPITULO XXI.

La escuela del Domingo.

¿Quién me dirá de dónde proviene la debilidad de un padre para con su hija? ¿Será de la ilusión de que se encuentra en ella así como la madre cree hallarse en su hijo? ¿Será para nosotros, los de barba ya encanecida, de rostros ya surcados por los años, el placer de vernos renacer bajo una forma graciosa y risueña? ¿Será el encanto de un amor puro que solo quisiera sacrificarse?

Lo ignoro, pero no estando allí el inevitable Alfredo, yo saboreaba como un celoso la felicidad de conversar y de reír con mi Susana. Me miraba en sus lípidos ojos, cuando de súbito una mano colorada, que tenía por mango un prolongado brazo me cogió al paso, en tanto que una voz sepulcral me gritaba: *Esta noche te reclamarán tu alma.* Al mismo tiempo metieronme un papel en el bolsillo de mi frac. Di vuelta; otra mano me cogió y otra voz me gritó: *Piensa en tu salud, y me metieron otro papel en el otro bolsillo del frac.* A este ruido acudieron tres hombres negros, alzando el brazo como en el juramento de los Horacios, y dando aullidos cada uno de ellos me metió en el seno, no un acero, sino un pequeño libro. En seguida desapareció la vision.

—¿Qué es esto? pregunté á Susana que se reía de mi espanto.

—Padre mío, dijo, es la sociedad de los tratados religiosos que trabaja para que usted se convierta.

—Gracias! exclamé guardando en el bolsillo los *Signos de la bestia*, las *Rosas de Saron* y la *Trompeta de Jericó*. Aquí enriquecen á un hombre, como en otras partes le roban. ¿Qué quieren que yo haga con este tesoro de edificación?

—Tranquílicese usted, padre mío, me dijo Susana: dentro de unos instantes nos servirán para hacer felices á algunos desgraciados.

—Confíese usted, dijo á Naaman, que aquí se abusa de las letras de molde. Distribuir la biblia, vaya con Dios, puesto que ella es la divisa que ustedes han adoptado; pero ¿de qué puede servir toda esta teología pueril que ustedes siembran por la calle?

—Usted es en demasía severo, respondió el joven ministro. Recuerda usted que toda nuestra religion está en la Biblia; y que es de la Escritura de donde cada uno de nosotros, por el libre esfuerzo de la razon debe tomar la

regla de su fé y de su vida. Un protestante que no lee, es un cristiano que no observa sus prácticas. ¿Qué hay de mas sencillo que no observa que nos vuelve sin cesar á la Biblia! Despertar la conciencia, obligar al último de los hombres á que reflexione y lea, repetirle que él solo está encargado de su salud, tal es el objeto de todas estas publicaciones. "Piensa en tu alma, solo tú respondes de ella" es la conclusion uniforme de todos esos libritos. Si llamais á eso teología, toda nuestra literatura es teológica; del mismo espíritu hállase penetrada la menor novela. La Biblia aparece en cada una de sus páginas lo mismo que el té. A nosotros no nos encanta la pintura de las tempestades que destrazan el corazon y destruyen la salud, sino el espectáculo de un alma joven que, colocada entre la tentacion y el deber, rechaza á Satanás ó invoca á Dios. Nuestras mismas ficciones son tratados de educacion.

—Sí, díjelo riendo, es la moral en accion.

—Mas que eso, repuso; es la religion en accion, es la fé que ha entrado en el alma y que inspira todos los actos de la vida. Nosotros nada comprendemos de la distincion falsa de la moral y de la religion, porque no háy dos conciencias. El hombre natural murió con el último pagano; no conocemos mas que al cristiano. Todo aquel que es cristiano, lo es en todas partes:—en la iglesia, en el seno de la familia, en la sociedad, en el estado.

Creo que el piadoso Naaman aprovechaba gustoso esta ocasion para renovar algun sermón viejo, cuando por suerte llegamos al templo presbiteriano. Esta era la sexta iglesia que yo visitaba en el día; harto justa espacion de mi tibieza pasada!

Entramos en la sala de lectura, que era una vasta pieza que daba al templo. Veíanse sentados en bancos circulares un millar de niños y de jóvenes divididos en grupos. De trecho en trecho estaban de pie los pastores y las pastoras de aquel gracioso rebano, ó como aquí se les llama, los *monitores*. Al ver á Naaman, todos se levantaron; el órgano tocó una marcha guerrera, y todas las voces cantaron en coro con acompañamiento de timbales:

Somos ¡oh Cristo! la milicia tuya,
Que el vicio y la ignorancia combatimos
Exentos de vergüenza y de temor.
El amor, la limosna, la plegaria
Son las armas de guerra que llevamos;
Nuestra única bandera es el Señor.

¡Oh Cristo! nuestro padre, nuestro guía!
 Vencer queremos la miseria triste
 Y la infidelidad postrar también.
 En nuestros tiempos años no repares,
 Infúndenos valor, danos prudencia,
 Que defendemos tu verdad, tu bien (1).

¡Hay algún encanto secreto en la voz de la infancia! Al dejarnos de interesar en nosotros mismos por la edad nos hacen los años más tiernos para con las almas jóvenes que entran en la vida sin conocer sus peligros! No lo sé; pero me sentí muy conmovido por el canto de aquellos pequeños soldados que con tanto valor se enrollaban bajo la bandera del Evangelio.

—Dentro de veinte años, pensé, cuántos de ellos permanecerán en torno de ese símbolo? No importa; es un espectáculo hermoso el que ofrece la juventud que se esbelta con valor y con fe. Dios nos preserve de los vicios de diez y ocho años que solo crean en su egoísmo; almas gangrenadas, infestan todo cuanto tocan y no dejan un poso de sí más que la corrupción y la muerte.

Susana estaba cerca de mí y de pie. La señorita era monitora. Tenía mucho que hacer, pues tenía doble auditorio y la escena estaba en revolución.

—¿Dónde está Dinah? gritó una voz revoltosa. Dinah es mi maestra querida, á tí no te conozco.

Susana tomó en sus brazos á la rebelde, que se resistía llorando, y le dijo dos palabras al oído. En el acto sobrevino la sonrisa como el sol después de la lluvia.

—¡Me lo prometiste! murmuró la niña.

—Mañana, repuso Susana. La criatura echó los brazos al cuello de su nueva maestra y le dió un beso en cada mejilla. La paz estaba ya hecha, y empezó la lección.

Ella rolaba sobre la historia de Israel en tiempo de los reyes. Lo confieso para vergüenza mía; por la primera vez hice conocimiento íntimo con el profeta Eliseo. Mientras no se airaba, era un hombre apreciable. No obstante la hermosura de la moral, le reprocho un poco que hubiese hecho comer por los osos á cuarenta y dos niños que se burlaban de su cabeza calva. A semejante precio, yo no querría ser profeta ni aun en mi país.

Dos episodios tuvieron el mayor éxito en los niños, tan vivo es en esas almas tiernas el sentimiento del bien y del mal! Uno fué la historia de Naaman, general del rey de Siria, rogando á Eliseo le librara de la lepra. Naaman volvió curado y convertido, pero convertido haciendo reservas políticas lo que prueba una vez más que nada hay nuevo bajo el sol.

“Y Naaman dijo á Eliseo... Porque en lo venidero no ofreceré tu siervo holocausto ni víctima á dioses ajenos, sino al Señor.

“Mas solamente hay una cosa, por la que has de rogar al Señor por tu siervo, que cuando entrare el rey mi amo en el templo de Remmon para adorar, sosteniéndose sobre mi mano; si yo me inclino en el templo de Remmon, cuando el rey se inclina, que el Señor perdona esto á mí tu siervo.

(1)

O Christ! nous sommes ta milice;
 Contre l'ignorance et le vice
 Nous marchons sans honte et sans peur.
 L'amour, l'union et la prière,
 Ce sont là nos armes de guerre,
 Notre drapeau, c'est le Seigneur!
 O Christ! notre chef nous préfère
 Nous voulons vaincre la misère,
 Et chasser l'infidélité;
 Ne regarde point à notre âge,
 Donne-nous sagesse et courage
 Nous défendons ta vérité.

“Eliseo le dijo: Vete en paz [1].”

Debo decirlo: la tolerancia del profeta escandalizó á los niños. Naaman fué silbado por todos á la vez, como un cobarde que transija entre su conciencia y su interés. Bien hacéis ó juventud! conservad esa cólera santa, porque día llegará en que Remmon, Mammon ó Baal os ofrecerá una mano llena de dinero ó de honores á condición de que le adoreis. Feliz aquel que no se postrara ante un idolo y guarda solamente para Dios: el sacrificio de su corazón!

Vino en seguida la historia de Giezi, el siervo de Eliseo, hombre hábil que se hacía pagar los milagros de su amo y traficaba con la virtud. Qué furor en el joven auditorio! y qué alegría cuando Susana alucenando su voz para parecerse al profeta, pronunció el anatema terrible:

“Ahora bien, tú has tomado dinero, y has tomado vestidos, para comprar olivares y viñas y ovejas y bueyes y siervos y siervas.

Mas también la lepra de Naaman se te pegará á tí y á tu linaje para siempre.

“Y Giezi salió de allí leproso como la nieve [2].”

“Esa honrada posteridad de Giezi existe todavía, aunque poco alterada por el tiempo. Por fuera ella se ha conservado blanca como la nieve, pero la lepra ha penetrado; ya no es el cuerpo lo que roe.

Esta educación dada á la infancia por la juventud me encantó, y presenté por ello mis cumplimientos al ministro.

—Sin embargo, añadí, creo que usted se reserva el catolicismo. La doctrina correría el riesgo de alterarse al pasar por la boca de esos novicios.

—No, me dije: para la doctrina como para todo lo demás, reposamos en los monitores, bien entendido bajo nuestra vigilancia. A los diez y ocho años nadie es hereje; si algo hay que recelar es mas bien la demasiada adhesión á la letra.

—En efecto; ¿pero si esas cabezas jóvenes trabajan?

—Pues bien, dijo el pastor, ahí estamos nosotros para abrirles el sendero. Nuestro lema es el de San Pablo: *En donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad* [3]. Nada nos agrada la fé del carbonero, esa crédula ignorancia que así santificaría á un cristiano, como á un mahometano ó un budista. Hay en la juventud una crisis del espíritu, como una crisis del cuerpo. Llega la hora en que es menester luchar con la verdad, como Jacob con el ángel, y solo es convencido el que ha sido vencido por el Evangelio. Nosotros queremos una fé razonada.

—Y razonadora, agregué, porque cada uno de esos monitores debe salir de aquí con la inclinación y la manía de predicar.

—Tanto mejor, dijo Naaman; porque para nosotros todo hombre es sacerdote y toda mujer sacerdotisa. ¿Por qué razon en la sociedad religiosa habia de haber menos ardor que en la sociedad política? ¿Es por ventura mas hermoso é impone acaso menos deberes el título de cristiano que el de ciudadano?

Yo nada dije. Esa manera de considerar la religion como el patrimonio comun de los fieles trastornaba todas mis ideas. A mí me habian enseñado que la iglesia era una monarquía y no una república. Soy un hombre prudente, y en este concepto siempre he dejado el cui-

(1) IV de los Reyes, cap. V, v. 26-27.

[2] II Corint. III, v. 11.

dado de mi conciencia y de mí fú á la iglesia que me ha educado. No es á mí sino á mi director á quien corresponde el cuidado de mi salvación. ¡Por qué entonces fatigarme inútilmente y echar sobre mí una responsabilidad tan peligrosa!

La lección tocaba á su fin, y Susana me desembarazó de todos mis libritos con grande alegría de los niños. Se entonó un bello cántico de despedida, y la fiesta terminó haciéndose un reparto general de presentes y de apretones de mano.

Rango, fortuna, edad, trajes, dos horas hacia que todo estaba olvidado; aquella escena hacia imaginar la vuelta á los primeros tiempos del cristianismo, cuando la multitud de los creyentes no tenía mas que un solo corazón, una alma sola. ¡Y pensar en que un día en cada semana, el día del Señor, toda la juventud americana acude á estas reuniones fraternales á dar ó recibir una lección de amor y de igualdad! ¡Qué enseñanza, ni aun la del mismo Bossuet, equivaldría á esta educación mística!

Salimos: allí se hallaba Alfredo para arrobarme el brazo de Susana. No me causó envidia su felicidad, pues mis ideas tomaban otro rumbo: mas que nunca sentía mi corazón dominado por una paternal debilidad. Yo reflexionaba sobre que ya era tiempo de que Susana empezase á ejercer en el hogar sus altas cualidades de *monitora*. Veía ya en lo futuro todo un ejército de niños mas religiosos, enérgicos y felices que su abuelo; y contemplando á mis dos enamorados que iban delante de mí con paso leve llegué á mi casa siempre pensativo.

El resto del día se pasó conversando sobre todo lo que habíamos visto u oído por la mañana, y Dios sabe que de cosas se ven y se oyen los domingos en América! ¡Qué vienen á ser los espectáculos nuestros al lado de esas fiestas del corazón y del espíritu! Nunca había pasado un día mas sério, nunca el tiempo me había parecido ni tan breve ni mejor empleado.

La noche concluyó como siempre con la lectura de la biblia. Marta trajo el gran libro negro que ya era para mí como un amigo. Cada día encontraba en él una respuesta á alguna pregunta secreta de mi alma, singular casualidad que humillaba mi filosofía.

Habíamos quedado en el sétimo capítulo de Daniel. La visión de las cuatro bestias apocalípticas que simbolizan las cuatro grandes monarquías de la antigüedad no me causó ninguna impresión; tengo muy esesa imaginación para que me causen agrado esos sueños gigantescos.

No sucedía lo mismo respecto de Marta, que acompañaba cada palabra con un suspiro. El cuerno que tenía ojos como ojos de hombre y una boca que profería palabras insolentes, le arrancó un grito de admiración. Villa toda conmovida cuando el profeta pintó al Anciano de días, con su vestidura blanca como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana limpia, sentado en un trono de llamas, servido por millares de millares de ángeles, mientras que diez mil veces cien mil delante de él guardaban silencio.

Lo que para mí no era mas que una alegoría era para ella la verdad, quizás el único medio de que la idea divina pudiese penetrar en un espíritu sencillo, que necesita imágenes para sentir lo infinito.

Después de estas grandes pinturas vinieron los dos versículos en que el profeta anuncia al Mesías.

"13. Miraba yo pues en la visión de la noche, y hé aquí venía como un Hijo de Hombre con las nubes del cielo,

y llegó hasta el Anciano de días; y presentáronle delante de él.

"14. Y dióle la potestad y la honra y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán á él: su potestad es potestad eterna, que no será quitada, y su reino que no será destruido."

Al escuchar este pasaje, me sentí como Daniel: "Me conturbaba mucho por estos mismos pensamientos; y se mudó en mí mi rostro; mas guardé en mi corazón la palabra" (1). ¡No había yo asistido esa misma mañana al espectáculo de esa potestad que nada detiene hacia mil novecientos años? El cristianismo cuyos funerales se tocan en la vieja Europa, veálo en América mas joven, mas fuerte y mas triunfante que nunca. Treinta millones de hombres viviendo del Evangelio, qué enigma para un parisiense que ha leído á Diderot y que en una noche de invierno imaginóse que había comprendido á Hegel!

Luego que me hallé en mi cuarto, estuve pensándome largo tiempo, ajitado por una multitud de pensamientos que se chocaban entre sí. Recuerdos de la infancia, estudios de la juventud, reflexiones de la edad madura, ideas nuevas, revoloteaban en mi cabeza y producían en ella el caos. Me parecía que oía en torno mio una voz misteriosa que se barlaba.

—¡Bravo, Daniel! murmuraba la voz irónica, te vuelves capuchino. Héte ahí místico, fanático y ridículo ademas. Pronto vas á ganguear como maese Brown y á hablar mejor que él la jerja de Canaan.—¡Oh franceses, eternos camaleones! Chinos en Canton, Beduinos en Arjel, puritanos en Massachusetts, comediantes de quírra, jenando llegaréis á ser hombres! Vuelto á París, Daniel, tú dejarás en la barrera ese *cant* insípido y ese enorme libro negro que la jente de buen gusto respeta, pero que no abre jamás.

Un filósofo se saca atentamente el sombrero al cristianismo, porque conviene no ponerse nunca mal con las influencias; i mas léjos es la fluageza de un espíritu mequino. El Dios del siglo diez y nueve es el viejo Pan, harto tiempo eclipsado por la figura dolorosa de Cristo Húndete en lo infinito, Daniel; adora á tu padre el abismo, que eses el culto á la moda, el único que pueda confesar la infalible razon del día.

—No! esclamé, mis ojos se han abierto; he sacndido el sueño trabajado en que nuestra alma se enerva. Eaos niños me han enseñado esta mañana cuál es el lazo sagrado que une en un vínculo estrecho la libertad y el Evangelio! Si para nosotros todo acaba con el cuerpo, no tenemos ni derechos ni deberes; somos un hato maligno que es preciso apacentar y castigar hasta que la muerte le envíe á podrirse en la huesa eterna. Solo es persona, aquel á quien la inmortalidad pone en comunión con Dios. Solo es hombre y ciudadano aquel que puede vincularse á una justicia viva, á una verdad que nunca perece.

El pobre, el enfermo, el esclavo, el infeliz, el criminal no se tomaron sagrados sino desde el día en que Cristo los rescató con su sangre y los cubrió con su divinidad. Adios Hegel y Spinosa! Adios las palabras colocadas en el lugar de las cosas! Adios la materia divinizada! Yo he visto adónde tales doctrinas conducen á los pueblos y á los hombres: no quiero ya ni los gozos groseros de la turba ni la resignación estoica de los injenios amenos. Necesito otra cosa que no sea la embriaguez ó la desesepacion:—¡quiero vivir!

(1) Daniel, cap. VII, 28.

Vivir es creer y obrar. Vuelto en mí de las ilusiones de la juventud y de las ambiciones de la edad madura, ¡Oh Jesucristo! mi razón te invoca, la experiencia me trae á sus plantas. Tras de tantas decepciones, vuélveme la esperanza; tras de tantas traiciones, vuélveme el amor; y que pronto brille el venturoso día en que la vieja Europa imite á la joven América, en que un solo grito se levante de la tierra al cielo, grito salvador que diga:— ¡DIOS Y LIBERTAD!

CAPITULO XXII.

Desagrados de un funcionario americano.

Después de un día bien empleado y de una noche tranquila, levantarse bien temprano sintiéndose bien de cuerpo y de espíritu, envolverse en una gran bata, mecerse en un *rocking-chair* (1) y fumando su pipa de marilandia, abandonarse á una *fiesta del pensamiento*, como dicen los alemanes, es un verdadero placer.... cuando no se tiene treinta años.

Sentado en la ventana, me entretenía viendo á la ciudad despertar de su sueño. Lecheras, carboneras, carniceros y especieros corrían por las calles, y bajando al piso subterráneo por la escalera exterior hacían el servicio de cada casa sin molestar á sus moradores. Inbiérase dicho que todo estaba calculado como para que nada turbase el santuario donde descansaba el dueño de casa. La mansion de un francés es una sala de posada: entra quien quiere; el *home* de un sajón es una fortaleza, defendida con un estrenado celo de importantes y curiosos. Es un hogar, en el sentido sagrado y misterioso de esta antigua palabra que procede de Oriente.

En tanto que miraba la calzada ya barrida y regada por mis camineros, un cabriólo tirado por un caballo ligero llegaba con gran estrepito hacía mí. Siempre me han gustado los caballos, y por eso seguía con la vista el arranque altanero del troton americano, cuando de repente cayó por tierra. Desde el fondo del carruaje, un sombrero enorme arrojado á todo vapor, pasó como una flecha por encima de la cabeza del animal y trás él un hombrecillo envuelto en una larga levita. Era el amigo Seth, sin duda perseguido por los manes del perro que había hecho matar.

—Marta! gritó asomándome á la ventana, Marta, agua y vinagre, pronto, que ya bajo.

Cuando llegué á la calle, el hombre se había ya incorporado y sacudido; pasóse las manos por todo el cuerpo para cerciorarse de que nada se había quebrado, apruró un vaso de agua, y sin decir palabra se puso á descincar el caballo. Marta estaba cerca de él temblando de pías á cabeza.

—Entre usted en mi casa, dije á Seth. Un poco de descanso le hará á usted bien, y si es necesario algun auxilio aquí estoy yo.

—Doctor Daniel, contesté con sequedad, ninguna necesidad tengo de tus servicios. Hasta la vista.

Y tomando el caballo de la brida le tiró cojeando hácia la morada de Fox, el attorney. Seth venia á la ciudad indudablemente por un pleito, y no hubiera sido cualquiera si una pierna magullada ó la cabeza lastimada le hubiera hecho olvidar el interés que le movía.

Vuelto yo á mi observatorio, cargué otra pipa. Sin pasiones ni inquietudes, estaba gozando de mi reposo, sentía un placer de niño en seguir con los ojos el sol que desde las alturas de las casas bajaba lentamente á la calle. Sacáronme de mi arrobamiento tres golpes dados á la puerta. Era el vecino Fox, trayendo una cartera debajo del brazo. Su visita me sorprendió. Yo sabía que estaba muy mortificado con su derrota electoral, y no era hombre que olvidase en dos días su envidia y su rencor.

—Buenos días, señor inspector de calles y caminos, dijo al entrar en mi cuarto.

El modo como recalcó cada una de estas palabras me fué desagradable. Soy la paciencia en persona; pero no me gusta que se mofen de mí.

—Salud al señor attorney, le contesté en tono indiferente. ¿Se puede saber á qué debo el honor de su venida?

—Está visto, mi querido doctor, repuso con voz barlona, que es usted un gran personaje! Hé aquí que se halla en el sendero de la grandeza! Los mismos adversarios de usted bajan la cabeza ante su talento y su fortuna. ¿Qué pueden decir ahora los envidiosos!

—No sé nada de lo que está usted diciendo, Fox; ¡qué es lo que hay!

—Lo que hay, respondió guiñando un ojo, no es nada, sino que la rosa Tarpeya está próxima al Capitolio.

Después de esta sentencia vulgar, se echó en un sillón, abrió su caja de rapé, aspiró lentamente una narigada, y sacudió cinco ó seis veces algunos granos que le habían caído en el chaleco. Luego cruzando las piernas, levantó hácia mí su hocico agrado y se puso á mirarme en silencio como lo haría una garuña que acoccha un conejo.

Este proceder me metió en cuidados.

—Tenga usted la bondad, le dije levantándome, de hablar con claridad. ¿Qué le trae á usted aquí?

—Una bagatela, dijo estrándose en el asiento y haciendo molinete de sus pulgares: una verdadera bagatela. Una pequeña demanda de 300 dollars.

—Nada debo á usted, al menos que yo sepa, repuso, asombrado de semejante pretension.

—Por cierto, doctor amigo, á mí nada me debe usted, pero á mi cliente es otra cosa.

Dicho lo cual abrió su cartera, y sacó de olla la nota que sigue:

MEMORIA de los gastos é indemnizaciones debidas á Seth Doolittle, por el doctor Smith, inspector de calles y caminos, únicamente responsable de su mala conservación.

	Dollars.
1 ^o Varas rotas y reposicion de un arreo nuevo.	50
2 ^o Herida del caballo en el lomo y demérito del mismo; lo ménos.....	150
3 ^o Mas, al dicho ser <i>or</i> Smith Doolittle, por la rodilla lastimada, sombrero descornado, pantalón roto, rasguños en la cara, etc., indemnizacion calculada en lo ménos, en consideracion al doctor.....	200
4 ^o Por inquietudes, conmocion producida en el cerebro, pérdida de tiempo, etc.....	100
5 ^o Cuidados diversos, consecuencias de la herida y de la caida, consulta de médico, opinion de abogado, etc. etc.....	Memoria.

Señor, dije á Fox, tirándole á la cara aquel apunte de boticario, no me agradan burlas semejantes, y me asombra la parte que usted toma en esta ridicula farsa.

—Enhorabuena, dijo Fox, quiere decir que usted prefiere un pleito. Como vecino, habría querido evitárselo, pero no hay nada perdido, aquí está la citacion.

—¡Un pleito! esclamé alzando los hombros. Un pleito promovido por un particular contra un inspector de calles y caminos! contra un funcionario! contra un hombre público! contra un representante de la autoridad! Eso es una burla. ¡Y el artículo 75 de la constitucion del año VIII!

Cosa singular, y que á mí mismo me sorprendió; estas últimas palabras las dije en frances. Estos sajonos son tan groseros, tan ignorantes en materia de administracion que su lengua es impotente para ofrecer las palabras espléndidas que constituyen la gloria y la grandeza de las razas latinas.

—La citacion es para hoy, dijo Fox, con una sangre fria que me desconcertó. Espero que usted cumplirá con ella, para no retener inútilmente á mi cliente en la ciudad. En un cuarto de hora, nuestro nuevo juez de paz, el señor Hambug, amigo de usted, concluirá este asunto que no lo es por cierto.

—Como es eso! ¿Se obstina usted en pretender que yo soy responsable de los accidentes de la calle?

—¿Quién lo será entonces, si no lo es usted? repuso el agente. ¿Usted no ha solicitado y aceptado las funciones de inspector? ¿No es usted el agente y servidor del pueblo que le ha elegido? Si hay negligencia, ¿quién tiene la culpa y quién debe soportar sus consecuencias?

—Esa no es la cuestion, repuse con justa altivez. Yo no soy empedrador de calles, un obrero á merced de quien le paga, soy un empleado del estado, un miembro de la autoridad que gobierna, un delegado del soberano.

—Usted, dijo Fox, tiene el deber de vijilar á los empedradores, para eso ha sido usted elegido por los ciudadanos y es usted responsable para con ellos. ¿Conoce usted por acaso algun país del mundo donde los cargos existan para provecho de los administradores y no de los administrados? Yo solo conozco la China con sus mandarines.

—¡Ignorante! lea usted la ley.

—Es usted quien debe leerla, ahí está á la cabeza de la citacion.

Leí el artículo y bajé la cabeza.

Fox tenia razon, y me habia dejado cojer en el lazo de mi vana ambicion. Ese honr pretendido que halagaba á mi mujer, á mi hija y á mí mismo, no era mas que una carga llena de zozobras y peligros. Me encontré esclavo de la turba á la que el dia antes saludaba como triunfador.

En este país abominable, quien manda es el pueblo, quien obedece es el funcionario. Oh, si yo lo hubiera sabido!

Una reflexion me volvió el ánimo. Yo reflexionaba que por muy atrasados que sean los yankees, no eran del todo unos bárbaros. En Francia, en el foco de la civilizacion, poseemos cuarenta mil leyes que se contradicen; la autoridad haga lo que quiere, concluye siempre por hallar una que le dé la razon; pudiera ser que tambien en los Estados Unidos haya algun *Boletín de las leyes*. Consultaré á un abogado.

(Continuará.)

LA VENGANZA

POR

Alberto Blest Gana.

EMPIEZA EN LA PAGINA 525.

—¿Qué decís marqués? preguntó Juana.

—Digo, señora, que veo ahora los ojos que tengo grabados en el corazon desde un dia que os vi por el portal de Botoneros, escuchada por dos negros de una edad sobrenatural.

—Es decir que ya me conociais.

—Esos ojos, señora, no pueden olvidarse nunca.

El marqués dijo estas palabras con un tono de pasion verdadera, que hizo brillar un fugitivo relámpago en los ojos de Juana.

Ella se sentó pensativa en el sofá y Alvaro permaneció contemplándola de pié.

Cualquiera que se hubiese encontrado en la situacion del marqués de Araya, habria experimentado el mismo embargamiento de facultades que sobrecojió á ese jóven en su muda contemplacion.

Le miraban dos grandes y rasgados ojos verdes que brillaban con chispas eléctricas, semejantes á las que despiden los ojos de los gatos en la oscuridad, y como los de estos tambien, con pupilas que se dilataban acusando una súbita melancolia y se contraian despues á inflajo de algun violento arranque de orgullo. Esos ojos daban una confusa expresion de amorosa languidez y de fria crueldad al rostro de tez morena y pálida, á una frente de virgen coronada de cabellos negros rizados, que delineaban con sombras graduales su contorno. La boca, de labios delgados, lijeramente entreabierta para dejar ver los dientes casi azules á fuerza de ser blancos, infundió al jóven violentas tentaciones de arrancarla un beso, que habria pintado con mas elocuencia que su voz el entusiasmo que le dominaba por ese rostro lleno de luces divinas y de sombras mundanas, al que daba aun mayor prestigio la voluptuosa redondez de los hombros y de los brazos desnudos, la curva suave y prominente del seno, la arrogante gracia de las caderas, dibujadas por los pliegues de una saya negra que Juana habia puesto en lugar de la celeste que al entrar vestia, y por fin el supremo encanto del pequenísimo pié, que hacia crujir el zapato de raso blanco y reflejar la luz de las bujias en la parte de la media de seda que, despues de dibujar el puro contorno de la pierna, se adheria con amor al empeine del pié redondo y bien diseñado.

—Don Alvaro ¿queréis acompañarme á comer? dijo Juana, sacando al de Araya de su extasis contemplativo.

—Que me place, señora mia, contestó el jóven: ya sabeis que os he jurado obediencia.

Juana se sentó á la mesa, colocó á su frente al marqués y dió con el cuchillo un golpe á un vaso de plata.

A este golpe acudieron las dos mulatas con una bandeja cargada con tres fuentes que colocaron sobre la mesa.

En seguida las dos mulatas se retiraron con la misma mirada curiosa que dirijieron á don Alvaro.